

sus reconvenções aquella regocijante fiesta. En los dos solsticios se verificaban estas ceremonias voluptuosas y se creía necesario renovarlas sin remisión cada seis meses. De aquí provenía un doble culto contradictorio á la muerte y al amor. Aquellas mujeres, que acababan de libar todas las impurezas del placer, se iban derechamente al patíbulo y se abrasaban en las hogueras litúrgicas. La que no había gustado el amor en vida, era profanada, ó bien al borde mismo de la hoguera, ó bien cuando su cadáver quedaba entero ¡parece imposible! allá en el fondo de su sepulcro y en el sueño de su muerte. Por esto descúbrese claramente la relación estrechísima que hay entre la condición del sexo débil y las transformaciones sociales del mundo antiguo. La religión india degeneró con las degeneraciones de la mujer. Así, de aquel tálamo conspuído y de su seno corrupto salieron las bárbaras castas que petrificaron aquella sociedad, poniéndola por completo á merced y arbitrio de los poderes y de los conquistadores extranjeros.

Y he aquí explicado el carácter general de la mujer en Oriente. A fin de quitarla todo influjo eficaz é inmanente, los imperios asiáticos encierran, por regla general, hoy mismo la mujer en el harén, tan opuesto y contrario de suyo al hogar. Ya en el harén halla defendidas dos ventajas propias de su sexo: primera, el influjo espiritual en el sexo fuerte, y segunda, la educación permanente y tenaz de sus hijos. Cuando sólo se puede ver y tratar á las propias esposas y no existe comercio social entre los sexos por ende, la dura condición del hombre

suele, por necesidad, endurecerse de suyo todavía más con áspero endurecimiento. Los legisladores antiguos, al separar los sexos, creían disponer así al fuerte para la guerra de un modo más eficaz y más activo. El ángel de la paz no intercedería entre los combatientes, su sonrisa no adormecería los odios, su canto melodioso no se mezclaría con los gritos agudos del combate. Ausente la mujer, no surgiría el culto á las formas plásticas que ha creado la escultura y la pintura helénicas, artes para los rudos milites muy afeminadoras. El número crecido de esposas, extendiendo su influjo y multiplicándolo, quítale toda intensidad. Una sola mujer domina el espíritu de un hombre solo, y lo doma, mientras la multiplicidad de mujeres, con aumentar las sensaciones, disminuye la espiritualidad y la eficacia de los afectos. Desterrando la mujer de toda sociedad ó prostituyéndola en todos los vicios, el Oriente cegaba los manantiales más puros de la humana cultura. Por el harén, y sólo por el harén, por la servidumbre del sexo amoroso y bello, por su apartamiento de nuestra compañía, por su reclusión celosa en estrechísima jaula, por su tristeza y por su miseria, explícate todo el despotismo asiático, implantado sobre razas sin verdadero ideal. ¡Con qué facilidades entra por todos los senderos de nuestra vida la triste servidumbre! Al esclavizar á un sér tan débil como la mujer, creíase más libre de suyo el hombre, ignorando que realmente con la cadena y argolla puestas á la esposa remachaba el penetrante clavo de la propia servidumbre.

Por regla general persistió en todo el Asia la situación del sexo hermoso subrogada completamente al sexo rudo. Entre los pueblos asiáticos, ninguno tan merecedor de atento estudio como el venido á sentarse por las orillas del Nilo en la encrucijada maravillosa donde se cruzan los tres viejos continentes, encrucijada conocida con este nombre sacro, con el nombre de Egipto. No ario del todo, no del todo semita, bastante cerca del Asia para guardar los caracteres asiáticos y bastante lejos para revestir otros más originales, á las puertas casi de Siria y de Grecia, donde las ideas de dos continentes inmensos con los dioses de dos religiones fundamentales se transformaban, el egipcio debía representar una especie de síntesis en los antiguos tiempos, y debía iniciar en los secretos y en los misterios orientales á toda la gente occidental. Bajo un cielo implacable por lo seco, sobre un arenal árido y sin límites, á los rayos de un sol voraz, las inundaciones del Nilo, tan fecundantes y pródidas, procuraban con la humedad indispensable á floras y faunas el agua querida y cantada en himnos incesantes por los pueblos tropicales, devorados de abrasadora sed. Esta inundación, que desciende al desierto desde Abisinia, y semejante á líquida paleta, ya toma colores purpurinos, ya verdes, ya celestes, como las reverberaciones del sol en las nubes del ocaso, granjeaba un clima tan benéfico al Egipto, que gentes de opuestas zonas podían habitarlo con holgura, bien halladas en tan pródida naturaleza. Este fenómeno del jugo necesario á las plantas y á su bienhadada savia, des-

cendiendo de Abisinia y circulando como vida que se mueve y se renueva, hizo creer á los antiguos en la descendencia del egipcio de las mismas tierras, de donde, por su parte, descienden los caudales del Nilo de la tierra de Abisinia. Pero aunque sus vecinos, los griegos del Asia menor, les creyesen oriundamente abisinios, y ellos se creyesen á sí autóctonos, engendrados por los limos de aquellas pródidas aguas, el conocimiento de las inscripciones, por una sabia descifración de los jeroglíficos, ha enseñado el origen verdadero de tal pueblo, venido al África pasando por el istmo de Suez, desde las mesetas centrales del Asia, ese vivero de gentes. Sus costumbres, como sus leyes, pues, hállanse coordinadas con su estirpe y con la genealogía de su estirpe. La mujer ocupaba el apartadísimo y subordinado sitio á que la tienen sujeta por fuerza esos terribles organismos llamados castas. Más ó menos alterado por las circunstancias históricas, el harén queda como queda la poligamia en Egipto. No tenían las mujeres acceso á las altas dignidades. Pero el tercer monarca de la dinastía Binotrhis declaró, con menosprecio de las tradiciones, apta de suyo á la mujer para reinar. Los reyes creíanse allí descendientes de los dioses, y juzgaban divina su familia, con sangre diversa de la circulante por los cuerpos plebeyos y con un alma encendida en el éter celestial. Pero la implacable naturaleza, que no responde á estos ensoberbecimientos del hombre, extinguía tan inmortales familias en la igualitaria muerte. Y entonces, antes que descender en busca de gentes inferiores, las graderías terribles

de sus castas, habilitaban á la mujer para el trono y la decían hábil hasta para dirigir los fuertes y vigorosos ejércitos.

Al concluirse la décimoctava dinastía, comenzó en Egipto una revolución religiosa que, no por frustrada y perdida completamente, dejó de tener una grande importancia. Cierta rey, de origen extranjero por su madre, uno de los últimos reyes en tal familia, debió concebir extrañas ideas, parte inspiradas por las tradiciones de los israelitas que no habían dejado aún el Egipto, y otra parte por el sabeismo y la magia de caldeos y sirios. Lo averiguado es que alzó banderas contra el politeísmo tradicional é intentó destronar los dioses entronizados por tantos siglos, aquellos dioses que guardaban en depósito el recuerdo de las generaciones pasadas y el presentimiento múltiple ó esperanzas eternas de las generaciones por venir. Sobre la gran legión de múltiples divinidades elevó el Dios único, y para darle una especie de forma inmaterial y etérea, revistiólo con la esplendente luz increada y sublime, á cuyos resplandores prestaban homenaje magos y astrólogos en sus largas veladas sobre las áureas arenas del desierto y bajo la bóveda de un cielo esmaltado por miríadas inconcebibles de resplandecientes astros. El Adonái, medio sirio, medio caldeo, éter, fuego, resplandor, debía borrar todos los dioses, como borra el sol naciente todos los astros. En el mundo material no hay sustancia como la luz, y en el mundo intelectual no hay alma como la idea. De luz están compuestos aun los átomos del negro y oscurísimo carbón encerrado en

los abismos profundos y en las noches eternas del planeta nuestro, como de ideas se forman los dioses más materiales y los dogmas que parecen más supersticiosos. Así no debe maravillarnos que pretendiese un astrólogo sustituir á todos los dioses el sol, único Dios. La reina Itis, su madre, aparece como una especie de sacerdotisa, dirigiendo este movimiento hacia lo porvenir. Y esta madre no tenía ninguno de los rasgos naturales al egipcio. Su color blanco y sonrosado, su pelo rubio, sus facciones regulares y armoniosísimas, sus labios finos, revelan una mujer de razas bien diversas á las razas africanas. Inscripciones descifradas últimamente por los grandes reveladores del Egipto, nos la presentan como venida del Septentrión y perteneciente á familias diversas de las idas al Delta del Nilo, llevadas por los reclamos de su increíble fecundidad. No podemos dejar de pararnos ante una mujer así, porque buscando con ahinco las transformaciones sufridas por el sexo débil en los siglos, el encuentro de influjo tan desmedido y transcendental á la vida entera de los egipcios, ejercido por una reina, prueba cómo habían el tiempo y las circunstancias alterado, al fin de la dinastía décimoctava, los antiguos usos.

A pesar de esto, la mujer siguió ejerciendo una influencia intermitente y varia en el organismo político egipcio, y alguna que otra vez las dinastías legitimaron grandes cambios por medio de regios enlaces. Así pasó con la décimanona dinastía, caracterizada principalmente por un ilustre nombre, resonante con más ó menos títulos entre los nom-

bres de los grandes conquistadores asiáticos, el nombre de Sesostris. Alguna usurpación su padre comete al cambiar una rama por otra en el trono, y para legitimar esta usurpación desposa el hijo, el heredero, con princesa de la rama depuesta ó caída. Siguen á esto sus conquistas, conquistas propias de Sesostris, quien, para congraciarse con Siria, ensancha el Olimpo egipcio y admite diosas nuevas con nuevas sacerdotisas, encargadas de profesar oficios tan importantes á la vida común religiosa como adivinación y profetismo. Lo mismo pasó tras largos siglos, cuando el general Ahmes recibió encargo de rehacer las tropas egipcias enviadas contra Cirene y destruídas en los desiertos de Libia. Un soldado fugitivo convirtió al general en rey, depositando con este acto del trono á quien le había enviado, triste monarca, tan repulsivo para el sacerdocio como para la milicia por atribuírsele así en una esfera cual en otra de aquella sociedad incontrastables propensiones á transigir con la dominación de allende. Treinta mil mercenarios defendieron al rey legítimo frente á las tropas en grande confusión sublevadas. Cerca de Menfis los dos ejércitos, el fiel y el infiel, se avistaron y combatieron. Quedó vencido aquél por el superior número de éste. Y tras la derrota pasó el vencido á ocupar como prisionero el mismo palacio que había ocupado como rey. Ni aun allí le respetó en su desgracia el populacho subvertido, que reclamó la presa, y obteniéndola de la debilidad increíble del vencedor, hízola trizas como al cordero el tigre. Dos títulos de legitimidad buscó y encontró el mísero monarca: uno, sus conquistas,

otro, sus casamientos. Después de haber tomado Chipre para engarzarla en su casco junto á la señal distintiva de su autoridad y de su fuerza, buscó entre las princesas parientes del vencido, destronado y muerto, una esposa que legitimase la usurpación y diese á sus recientes poderes, ganados en algarada militar, el barniz de la tradición y de la historia. Merced á tal necesidad, la esposa del usurpador ocupó el trono y desempeñó el poder. En los continuos viajes que le imponían al rey, tanto la extensión de sus dominios como la multitud de sus guerras, ejercía la regencia su esposa, cual en tiempo de los Psaméticos habíanla ejercido también princesas de sangre real sentadas en el trono de los Faraones. Verdad que no era exclusivo el mando suyo, pues lo compartía con otras mujeres del monarca, también reinas y reinas gobernadoras. La historia le conoce y le designa por lo menos cuatro mujeres de tal influencia política y de tan poder práctico al rey usurpador. De humilde origen éste, comparábase al oro, que no cambió de brillo ni pureza por consagrarse á materia de vasos inmundos ó á materia de dioses idolatrados. En su tiempo, y bajo su gobierno, la mujer alcanzó en Egipto una verdadera influencia.

Pero veamos la condición general del sexo hermoso en Egipto, como la hemos visto en India. Casualmente diferéncianse mucho estas dos tierras, por tener la una, como sabemos, castas, mientras la otra clases. Existen analogías entre ambas organizaciones sociales y diferencias. Las analogías están en las separaciones entre las clases, como entre las

castas. Pero la diferencia capital es que casta quiere decir corporación cerrada, y clase quiere decir corporación abierta. En las castas no se puede pertenecer á dos, mientras sí en las clases. El nacimiento abre las castas al recién llegado, y el mérito puede abrir las clases á todos. Por consecuencia, clase quiere decir tanto como una grande alteración social en la vida común del Asia, y de su secuela el Egipto. A manera que la reducción de los prisioneros en las guerras á servidumbre acusa un progreso efectivo sobre su exterminio, la metamorfosis de las castas en clases acusa otro progreso análogo. Después de las dinastías colocadas en la cúspide, resulta la primera entre todas las clases egipcias, naturalmente, la clase sacerdotal. En la indefinición y en la indeterminación de las primitivas edades, el sacerdote, no solamente profesaba la teología, profesaba también la ciencia. De aquí, de tal doble profesión, proviene su influjo. Las pinturas antiguas nos han dejado imagen del sacerdote con toda corrección, envuelto en su túnica de lino, coronado por la cinta de oro, calzado con sus sandalias de pápiro, quien se despila y se baña dos veces al día para conservar tan puro su cuerpo como su alma. Mientras las demás clases sociales deben comer pescado ritualmente, por lo menos, una vez al año, estále prohibido semejante manjar al sacerdote, quien se abstiene también por divino mandato de cerdo y de cebolla. Esto último debía costarles un verdadero sacrificio, por placer mucho tal verdura en los pueblos meridionales, aficionados á su picante gusto y olor, como al gusto y olor del ajo. Lo cierto es

que las cebollas estaban entre las principales ofrendas religiosas, y quizás por esto, los sacerdotes, que las ofrecían, según rito, á las divinidades, no estaban en el caso de consumirlas. Pertenecía, por expreso mandato de Isis, la cuarta parte del territorio egipcio á la teocracia. Los grandes sacerdotes llamábanse profetas, y cada profeta se adscribía primero á un templo y luego sumaba consigo un colegio de sacerdotes análogos á él, mas de inferior categoría. El mayor signo de distinción que podía concederse á la mujer era el asociarla de grado al sacerdocio y hacerla partícipe de los privilegios naturales y sacro influjo gozado por los sacerdotes, tanto en la sociedad cuanto en la vida. Desde los tiempos más antiguos acompaña fielmente al profeta la profetisa y ocupa sitio análogo al suyo en las clases religiosas durante doce dinastías seguidas. Pero desde la décimatercia dinastía desaparece por completo en las mujeres tal carácter y no se permiten sacerdotisas en templo ninguno. Es verdad que la mujer queda en muchos casos asociada, con asociación efectiva y eficaz, al culto, así para cantar con su voz melodiosa himnos sacros en las fiestas como para tañer ciertos instrumentos litúrgicos, que sólo sonaban bien bajo sus dedos de rosa. Pero el sacerdocio le queda vedado. Mas á pesar de esta prohibición, prevaleció en las costumbres el creerse á una esposas de los dioses las sacerdotisas casadas con el sacerdote de un Dios. Y muchos eruditos afirman haber tomado Grecia para sus templos las antiguas Palacides del viejo y sacro Egipto.

El pueblo egipcio aparece hoy en la historia como un pueblo placentero y voluptuoso, muy dado á todos los esparcimientos del ánimo y á todas las delicias que pueden impresionar favorables y faustas á los cuerpos. Banquetes, danzas, juegos acrobáticos de todas clases, partidas de ajedrez como de dados, conciertos vocales é instrumentales absorbían el tiempo de estas gentes y les daban medios múltiples de satisfacer sus invencibles propensiones. Cuando se abre un ataúd pintado de tantos matices y cubierto así de leyendas sacras como de signos jeroglíficos, en los que resaltan aquellos animales hieráticos, especie de aves consagradas á la domesticidad de los dioses, encuéntrase á granel juguetes demostrativos del valor prestado por las costumbres egipcias á tales entretenimientos. Registrando su literatura encuéntrase cánticos á bebidas fermentadas de todas clases, y registrando los frescos de casas, templos y panteones, encuéntrase también el empleo y uso que hacían de ellos hasta provocar el vómito propio de las más terribles borracheras. Aparte los vinos cosechados en las tierras más felices de su bello Delta, bebían zumo de granada, de dátíl, de higo, sin contar el zumo de cebada, parecido en todo á nuestra cerveza de hoy. Naturalmente no existe satisfacción duradera en el mundo sin que la mujer cooparticipe de toda ella, y ría, y beba, y juegue cuando rien, beben y juegan los hombres. En toda población de grande y viva cultura, la mujer participa de las fiestas, y en Egipto por modo bien extraordinario. De lino se vestían los hombres, y de lino las mujeres. Una camisa larga y sin man-

gas ceñíase al cuerpo flexible de suyo como la palma. No llevaban otra vestimenta las plebeyas. Pero las altas señoras, las princesas, como suele llamarse generalmente hoy en el usual europeo lenguaje á las mujeres principales, completaban la camisa con un flotante traje de gasa, el cual, realzado de flores vistosas y teñido de matices varios, caía de los hombros á los piés, ceñéndose á la cintura por valiosos cinturones, verdaderas obras de arte. Las bailarinas, por regla general, prescindían de las camisas y ocultaban su cuerpo tras estas gasas, cuyas transparencias servían tan sólo para el acrecentamiento de sus atractivos corporales. Amantes del artificio, lo mismo se ponían cabellos comprados que se cargaban de colorines y afeites. Largas trenzas caían sobre sus espaldas, cuyas trenzas recogía y ataba una bellota de color, compuesta por gruesos hilos de lana, oro y sedería. Sobre la cabeza poníanse un gorrillo de perlas recogidas por un záfiro, muy semejante al usado entre circasianas y griegas en nuestros tiempos. Un loto, flor acuática sagrada, lo mismo entre los indios que entre los egipcios, resplandecía sobre la espaciosa frente de aquellas mujeres, las cuales usaban mucho de collares en sus gargantas, de diademas en sus sienas, de brazaletes en sus puños y en sus tobillos, de sortijas en sus dedos, de todo cuanto podía realzar con los esplendores del desmedido lujo, tan caro á las mujeres orientales, todas sus gracias.

La casa egipcia, encerrada entre grandes muros y circuída por patios ornados como verdaderas florestas, indica bien á las claras cuanto la vida

en el hogar tenía de íntima y sacra entre tales pueblos. Nuestras ciudades modernas sacrifican una gran parte del hogar á la calle; nuestros municipios exigen para la exterior belleza de las poblaciones hogares alineados como ejércitos y fachadas sometidas á ciertas reglas. Nada de esto en Egipto. La construcción del hogar tiende á las comodidades múltiples de la vida interior. Largos murallones, como hemos dicho, celan la casa y la incomunican. Los bosques y los jardines, extendidos desde tales murallas á la natural habitación, sirven para mejor aislarla. Después los apartamentos de la casa no dan al jardín siquiera, dan al patio interior y á la galería recatada. Podríamos llamar á estos patios plazas de familia. En efecto, allí el jefe prepara sus trabajos, hace sus cuentas, ejercita sus armas; la mujer cose y arregla sus vestimentas ó limpia y prepara sus joyas; los jóvenes de ambos sexos reciben por los rincones las enseñanzas varias de sus diversos maestros, en tanto que los niños juegan á una en competencia con los surtidores de las fuentes y con los nidos de las pajareras. Tierras de calor, de mucho calor, aquellas, el toldo las recata, y por alfombra sólo tienen esteras fresquísimas de pintados juncos. Los muebles no embarazan el espacio, necesitado por todas partes de airearse, y las mismas camas no tienen los colchones que las camas del Norte, ni mucho menos las cubiertas. Verdadero sofá el reducido lecho, está dispuesto para que lo refresque y oreo por todas partes el aire puro enviado por el río y recogido como una bendición del cielo. Así la principal comunicación

del mundo interior, doméstico, familiar, con el mundo externo, se verifica por medio de unas azoteas cubiertas de toldos ó techumbres, las cuales permiten ver los lejos y comunicarse con los cielos. Tal construcción indica bien claramente la intimidad que reina en la familia egipcia.

Las leyes penales se dulcificaban mucho en todo lo que atañía de suyo á la mujer. Cuando ésta se hallaba en cinta obtenía de los egipcios un culto cuasi religioso. No aportaba la mujer dote al matrimonio; se le constituía el marido, y el marido le compraba tanto las vestiduras como el ajuar. En caso de repudiarla, no podía ponerla desnuda y sin amparo, cual hicieran otros pueblos, á la puerta; debía darle una indemnización capaz de constituir-la en suerte independiente por toda la vida. Al Olimpo de cada pueblo trasciende la importancia de sus mujeres. Entre los dogmas egipcios, ninguno tan creído y tan adorado como la fatalidad. El destino pesaba con abrumadora pesadumbre, tanto sobre las espaldas del rey como sobre las espaldas del pueblo. Así dividíanse los días en fastos y nefastos. Y esta división astrológica por tal manera perteneció al Egipto, que días egipcios llamaron los romanos á todos cuantos creían ocasionados, ó bien á la felicidad, ó bien á la desgracia. El calendario se componía en Egipto de antiguos enlaces con fechas recordatorias de pugnas entre los dioses del bien y los dioses del mal. Aquellos días en que venciera lo bueno á lo malo, llamábanse días fastos, y aquellos otros en que venciera lo malo á lo bueno, llamábanse días nefastos. El diecisiete de